

mino. El estímulo de Gorki lo salva de rodar para siempre al abismo. La revolución bolchevique lo sorprende en un pueblo de Siberia. Perseguido por el ejército blanco, corre día y noche a través de los bosques, sintiendo a su espalda, el ruido de los pasos que le persiguen. Entonces comienza su existencia errante por las estepas, a través de los arenales, cruzando las dunas y las helguerras esteparias del Gobi. Incorporado a una caravana de gente que huye, días y días camina por la arena, entre matorrales, en medio de la tribu de los kirguises, que odian a los rusos. Su espíritu despierta a la realidad terrible de las persecuciones. No hay fuerza humana que pueda librarlos de la muerte, sino tienen energías para continuar huyendo. En las carretas gimientes los niños hipan de hambre. Tumbados en el camino van quedando hombres y bestias, cansados ya de caminar. Nadie puede detenerse y la suerte de los que allí son abandonados está escrita en los círculos negros y amplios de los buitres de pechugas hirsutas, que se ciernen junto a los postes del telégrafo.

En todas las narraciones que componen este libro emocionante, palpita la siniestra actitud de la vida en los confines lejanos de Rusia. Ivanov no predica ni condena, como otros escritores soviéticos. Se limita a mostrar la realidad viva en sus violencias y en sus pasiones instintivas. A veces se le escapan notas de fuerte sabor soviético. Las abandona lue-

go. Más que todo es un artista que extrae, de la realidad cuadros y temas magníficos, por entre los que pasan siluetas magistralmente pintadas de bandidos y mujeres que arrastran una existencia penosa entre aventureros y revolucionarios. El nexa con las doctrinas nuevas está en las costumbres, en el tono de violencia, en la forma libre de vida, pues hasta esos parajes remotos la revolución ha hecho llegar sus marejadas.—  
*Domingo Melfi.*

## CRITICA

PANOPAMA DE LA LITERATURA CHILENA DURANTE EL SIGLO XX.—  
por *Alone.*

La literatura chilena carece hasta hoy de un panorama donde se presenten los problemas y se analicen los escritores con un criterio humano y social.

No basta mostrar a los intelectuales en grandes o pequeños grupos, de un modo arbitrario y personalista. No bastan las rápidas biografías, acompañadas de alusiones menudas y de insignificantes acotaciones.

Todos esperaron por mucho tiempo y siguen esperando un libro donde nuestra literatura resulte la expresión de su significado verdadero. Así se verá la razón del romanticismo y su alcance político. Así se entenderá a Bilbao, a Santiago Arcos, a Eusebio Lillo, a Guillermo Blest Gana, a Soffia.

Así tendrá una explicación el brote naturalista en Chile, como consecuencia de una boga pasajera y se verá, cómo obró en diversos escritores que no resultaron por generación espontánea. Más tarde, asistiremos a la aparición de un movimiento socialista y humanitario, del que fué un reflejo la colonia tolstoyana. Y, por último, se analizará a las escuelas nuevas no como el reflejo arbitrario del «caos» sino en consonancia con corrientes estéticas de su tiempo y como el alcance austral de diferentes movimientos europeos y americanos.

El panorama tiene que otear el paisaje literario y relacionar al escritor con su medio y a este con las distintas tendencias que lo transforman. Así una literatura no tiene un simple y vulgar aspecto estético o preciosista; es algo más vivo y orgánico: la expresión de un medio social o político y el contragolpe de las inquietudes que agitan a distintas épocas.

Por grande que sea el desdén con que algunos narcisistas contemplan a la literatura chilena es indudable, que en la actualidad, su dimensión ha variado y es considerable. Ya no es una literatura de tantas. Tiene índole propia y dentro de su variedad ha levantado, en América, un lote no despreciable de cuentistas y de líricos.

Así resulta inexplicable el tono con que Alone, crítico esforzado y tenaz, ha enfocado el ambiente literario chileno en su reciente *Panorama de la Literatura Chilena durante el Siglo XX*. (1)

(1) Editorial, Nascimento, 1931.

Si el crítico ha manifestado alejamiento o desgano por las cosas del terruño es mejor que hubiese dejado la iniciativa a otro espíritu más comprensivo y que su tiempo lo dedicase a delicuescencias estéticas de su agrado. Pero si, como lo creen muchos, este libro es obra de madurez espiritual y estudio, no podemos menos que expresar un hondo asombro ante el resultado.

Es bien poca cosa para un escritor que, por quince años o más, ha dedicado su tiempo y su interés a las letras nacionales, salvo algunas incursiones por vidas del siglo XVIII y por Renán y Proust.

Alone debió entregar algo más compacto y macizo. No se puede analizar tan someramente lo que no es producto de la gracia sino el esfuerzo acumulado de generaciones y el reflejo de la evolución general de la literatura.

El prólogo del *Panorama* es pobre de solemnidad y arbitrario. No revela ninguna perspectiva certera y carece de exactitud. Dice: «Suenan la campanada del nuevo siglo y cual si esta simple palabra del tiempo desencadenara alguna potencia oculta, las letras chilenas reviven y empiezan a cambiar visiblemente». No se promueve un cambio literario ni una inquietud anímica por un hecho tan sencillo. La palabra del tiempo no desencadena escritores ni equivale al soplo del espíritu. Esto sólo prueba endeblez mental, comodidad rutinaria. Se sale del paso por procedimiento tan simplista para no dar explicaciones, para no razonar, para no encadenar ese cúmulo de pequeñas cosas que un

crítico verdadero y documentado tiene la obligación de escudriñar. Más adelante agrega Alone: «Antes hubo alguna actividad: el Club del Progreso, el Certamen Varela, el Ateneo de Santiago, la estada aquí y las primeras obras de Rubén Darío, publicadas en Chile, removieron el ambiente y estimularon a los escritores».

Ni tanto ni tan poco. Los hechos anotados merecían un comentario más estricto y no una simple enunciación. Además, Chile tuvo escritores de peso mucho antes y estos no vivieron de milagro sino estimulados y pagados por el país que los leía y admiraba. Jotabeche, Lasterria, Vicuña Mackenna, los dos Blest, Barros Arana, Zorobabel Rodríguez, etc., no se morían de hambre en Chile.

El ambiente los consideraba y si no se enriquecieron con la pluma, jamás carecieron de holgados medios para subsistir. Estos escritores, como se ha probado en estudios históricos, recibieron mucho dinero de los diarios de la época y la cultura del país estaba en proporción más adelantada que en nuestros días.

Un historiador de la literatura no puede razonar como Alone. Debe herir más a fondo y hacer ver cómo un país en lo espiritual es producto de factores más complejos que de la simple sensibilidad o buen gusto individuales.

La división que hace Alone en tres períodos de diez años cada uno es otra cosa que no tiene razón lógica de ninguna especie. La primera década es encabezada por dos espíritus tan divergentes como Augusto Thom-

son y Omer Emeth. El primero es el arte impensado y arbitrario, el renovador por excelencia y el segundo el gran conservador y retardatario, que nunca tuvo un cariño hondo por las cosas de Chile. Omer Emeth no comprendió ni quiso comprender a Gabriela Mistral, a Jorge González Bastías, a Pedro Prado y a Pablo Neruda. Muchos de los valores nacionales fueron mirados con el desprecio más profundo por el arbitrario y erudito sacerdote francés.

En cuanto al segundo, a Augusto Thompson, no se explica bien ni su influencia ni las que él recibió, al asimilar maravillosamente a franceses, rusos y nórdicos. Para Alone ha sido más cómodo hacer un paseo por los tópicos y ni siquiera ha dado una Pintura acertada de la colonia tolstoyana. Nuestro crítico se detiene menudamente en cosas triviales: el tono fino de la voz de Thompson; la alcurnia de tal o cual escritor; la seducción infinita de Shade, inspiradora de una novelícula; el entronque aristocrático de Iris. De todas estas pequeñas cosas ha hecho su crítica por muchos años. De este vivero de mendencias ha alimentado esas crónicas de que ha subsistido su prestigio.

Ahora en el libro donde se miran más reciamente los defectos y donde es preciso exhibir una cultura orgánica y dotes de análisis poderoso, surge el verdadero Alone frívolo y amigo de las «trouvailles» de lenguaje. Es el tipo de escritor más contrario al que debe hacer un panorama literario nacional. Sus defectos, pequeños al diluirse en

las crónicas dominicales, se agrandan y agrupan prodigiosamente en el volumen. Los nexos que relacionan al escritor y a su medio, la formación del artista, las resonancias culturales de una época y mil problemas interesantes de crítica literaria y de comparaciones entre diversas literaturas americanas, se escapan de un modo lastimoso, a Alone.

El panorama tiene, a nuestro juicio, otro defecto gravísimo: su mezquindad. Allí se trata con pequeñez a lo grande y con desusada magnificencia a lo minúsculo.

Cuando Alone se encuentra ante la maciza y perdurable figura de Alberto Blest Gana le consagra unas cuantas líneas opacas y sin novedad de visión. Repite sin brío lo que dijo don Pedro Nolasco Cruz. En cambio no sabe extraer ese tesoro de chilenidad que tiene el autor de *Durante la Reconquista*. La significación de esta obra dentro de la literatura nacional no sugiere nada al crítico afrancesado que, más adelante, consagra holgado comentario a la obra precaria de Augusto Iglesias, de César Cascabel y de Aurelio Díaz Meza.

Se ha omitido deliberadamente de este *Panorama*, entre otros artistas, a Jorge González Bastías, poeta fino y chileno como pocos; a Jerónimo Lagos Lisboa, a quien elogió considerablemente Alone cuando apareció *Yo iba solo...*; a Domingo Melfi, ensayista sólido y de vasta labor; a Raimundo Echeverría Larrázabal, al primero que intentó aquí la posefa marítima, hoy imitada por Salvador Reyes y otros; a

Ernesto Guzmán, vate abstracto y teñido de gracia filosófica en muchos poemas; a Joaquín Cifuentes Sepúlveda, profundo y humano en sus versos; Armando Ulloa, cantor de íntima congojas; a casi todos los poetas nuevos, donde hay bellísimos acentos de emoción y a mucha otra gente no grata a Alone.

Este *Panorama* no sólo está afeado por exclusiones mezquinas sino por inclusiones absurdas. Desde luego nada tiene que hacer en un libro donde sólo se dice dar cabida a la alta estética un nombre como el de Aurelio Díaz Meza. Lo mismo puede afirmarse del distinguido pedagogo don Eduardo Solar Correa, cuyos trabajos de erudición y de antología no pueden comprenderse en el campo de la belleza creadora.

Lo mismo sorprende la inclusión de Augusto Iglesias, vate sin significado ni sensibilidad y sólo producto de la retórica manida, en un libro de donde se ha sacado a poetas de la hondura emocional de González Bastías, de Lagos Lisboa, de Cifuentes Sepúlveda, de Echeverría Larrázabal, de tantos otros.

Otrosí: Si se ha incluido a don Pedro Nolasco Cruz, ¿Por qué razón no se ha puesto a don Juan Agustín Barriga y a don Augusto Orrego Luco, escritores de su misma promoción y que han dejado páginas literarias imperecederas?

Inconsecuencias como las anotadas hay muchas en el libro de Alone (1). Detenerse a anotarlas y re-

---

(1) Sería tarea pueril anotar pequeños defectos y disparates a cuyo descubrimiento siempre ha sido inclinado el autor del *Panorama*. Por

futarlas parecería labor estéril. Sólo podemos decir, para que con ello se llegue a conocer la índole especial de este escritor, que todo es producto de un temperamento no desmentido por el tiempo.

Alone ha vivido en Chile haciendo cátedra sobre pequeños círculos de intereses y de resonancia literaria. Ha exaltado con fervor a todas aquellas cosas en que ve reflejada su índole intelectual y ha deprimido, con tenacidad odiosa, a lo contrario, es decir, a aquello que repudia su sensibilidad unilateral y desprovista de humanidad.

Alone ha quedado reducido en este libro a su adecuada proporción. Sus defectos y cualidades quedan allí al desnudo de un modo definitivo. Todas las cambiantes matizaciones de su carácter y las arbitrarias iniciativas de su temperamento se

---

ejemplo hacer nacer (Página 69) a Gabriela Mistral en Elqui, «pueblecito de Coquimbo», según Alone. Elqui es un departamento y la Mistral nació en una aldea que pertenece a él.

De Rafael Maluenda dice: «Las novelas rusas le dejaron cierto sentimentalismo que, a veces, disuena en el campo chileno; pero el conjunto da la impresión de una verdad compacta, claramente nacional, y el paisaje y sus tipos de «huasos» convencen».

No hay un acierto en una línea. Si existe paisaje poco fiel es el de Maluenda. Sus «huasos» son convencionales y su paisaje es idéntico, sin variación. Parece que se le ha contemplado desde un tren. En cuanto a que el sentimentalismo esté reñido con el campo chileno no se explica sino por la reacción que produce ante un crítico excesivamente ciudadano.

revelan en este pequeño y malogrado *Panorama*, sin ideas generales y de escasa resonancia interpretativa.—*Ricardo A. Latcham*.

## REPLICA A UNA CRITICA

Con motivo del juicio crítico que sobre *L'Esprit de L'Amer.que Espagnole*, publicó Raúl Silva Castro en el N.º 78 de esta Revista, correspondiente al mes de Agosto del año próximo pasado, Francisco Contreras, autor de aquella obra na dirigido a don Enrique Molina, la carta que damos a continuación:

*Paris, 15 Diciembre 1931.*

Señor D. Enrique Molina.

Mi estimado amigo:

He hallado, en el número de *Ate-nea* correspondiente a Agosto, un artículo de don Raúl Silva Castro consagrado a mi libro *L'Esprit de l'Amérique espagnole*. Agradezco a este compañero su amabilidad de ocuparse de mi labor, mas como en su artículo me hace graves reproches, creo indispensable contestarle. Me critica desde luego el no haber tratado, en aquel libro, muchísimos escritores americanos. Pero en mi crónica del *Mercure de France* del 15 de Enero, que *El Mercurio* de Santiago ha reproducido, he significado yo que *L'Esprit de l'Amérique espagnole* es una selección de mis últimos artículos de aquella revista, refundidos o revisados, en los cuales naturalmente no he podido ocuparme más que de algunos autores que me han enviado sus libros.